



David

El nuevo gesto de

por Tristán Bauer

CINE Y CULTURA, UN CONTINENTE EN LLAMAS

Cuando en mi adolescencia descubrí lo que es el cine, estoy hablando de los comienzos de los años 70 en Buenos Aires, veíamos a Bergman, Buñuel, Bresson, Visconti, Wajda, Godard y a otros tantos directores que llegaban a nuestros ojos con la fuerza arrolladora de sus imágenes. Pero allí, y lo recuerdo ahora como una explosión, descubrí también aquello que se llamaba “cine latinoamericano”. Evoco algunos títulos que se proyectaban por aquel entonces:

La Hora de los Hornos, 1968, Argentina

El Chacal de Nabueltoro, 1968, Chile

Memorias del Subdesarrollo, 1968, Cuba

Yaguar Mallku, 1969, Bolivia

Terra en trance, 1967, Brasil

Adjunto a la lista los años y los países para entender la diversidad de nacionalidades y la contemporaneidad de las obras, y para que entienda el lector en qué circunstancias me formé.

Tal vez deba aclarar que hasta el día de hoy sigo pensando que el “cine latinoamericano”, por supuesto sin olvidar a películas como *Tire Die* o *Vidas Secas* y otros magníficos antecedentes, es esa corriente de cine esplendorosa que surgió por aquellos años en los que Ernesto Guevara era asesinado en Bolivia, y en los que toda una generación de jóvenes del continente tenían a su lucha y a la revolución cubana como referente o modelo.

Esto nos daba un sentido de unidad, por eso creo que en aquellos tiempos muchos cineastas, en sus diferentes formas, con sus diversas poéticas, expresaban claramente a ese continente en llamas que era América Latina, y nosotros como latinoamericanos podíamos reconocernos en sus obras. Claro que ese cine no era lo único que se producía en América Latina y, visto en perspectiva, podemos encontrar en aquel período otras importantes y valiosas obras de otro tono, con otras características. Pero creo que es aquel “cine latinoamericano” el que supo encontrar de la mejor manera un espejo en el cual reflejar a nuestros países subdesarrollados que ahora como entonces continúan padeciendo, y cada vez más, la explotación y la pobreza.

Digo esto, porque no creo que exista hoy una corriente como lo que se llamó o se llama “cine latinoamericano”, pero sí una importante producción, llamémosla diversa, en nuestros países y, en el caso concreto de Argentina, creo que más que importante. En estos últimos tiempos se han dado en nuestro país una serie de circunstancias que vale la pena destacar; por ejemplo, películas como *Nueve reinas*, *La fuga* o *El hijo de la novia* han estado primeras en recaudaciones, por encima de las producciones norteamericanas; otras como *Mundo Grúa* o *La ciénaga* han recorrido el mundo obteniendo importantes premios internacionales siendo ambas, debido a su tratamiento y profundidad, grandes películas. Por otra parte hay en el país más de 8 mil estudiantes de cine, muchos de los cuales ya producen sus primeros cortos y documentales.

Hay también dos escuelas muy importantes: La Universidad del Cine, que dirige Manuel Antín, y la ENERC, que depende del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales.

¿Dónde está la clave? En Birri, Torre Nilson, Solanas, Fabio, Puenzo, y tantos otros cineastas que como Gleizer marcaron un camino, seguramente sí, pero creo que es muy importante también saber que Argentina cuenta con una Ley y un Instituto de Cine. Es decir, con un Estado que ha decidido proteger su cinematografía, y que a pesar de las dificultades y los recortes económicos, se mantiene allí, protegiendo una cultura y una industria.

Creo que el momento que viven los países subdesarrollados del mundo es gravísimo; ya hay muchos que han dejado de producir cine y otros que han bajado su producción dramáticamente. Frente a la presión de Estados Unidos por copar todos los mercados, la única solución es la protección de nuestras culturas y allí, más allá de la voluntad y el talento, estas leyes nacionales y su adecuada instrumentación tienen una importancia vital.

Con esto no quiero presentar la situación del cine argentino como una panacea ni mucho menos, como todos sabemos las dificultades son enormes y las contradicciones son muchas, pero sí destacar que hay importantes experiencias para rescatar y valorar.

Filmamos porque creemos que un país, un continente, es mucho más que el territorio que queda enmarcado dentro de sus límites; ese territorio sin sus hombres y sus sueños no es nada y creo que una de las formas más hermosas de soñar que inventó el hombre es el cine.

Esto los jóvenes lo saben muy bien, y en ese sentido esta incesante gestación de óperas primas y cortometrajes son una respuesta a la desesperanza o, por decirlo de otra manera, tal vez más clara, esas obras "son la esperanza", y también la clara demostración de nuestra diversidad de pensamiento.

EL MILAGRO CONTRA LA GLOBALIZACIÓN

Parece que sí, que la pasión puede más, que los sueños pueden más. Cuando llegan los contadores nos dicen que no se puede, que los números no cierran, lo mismo dicen los que marcan los índices de *rating* de las cadenas de televisión. Es el gran triunfo de la vulgaridad, de la *vedette* mostrando las tetas, los sorteos super millonarios, y el sálvese quien pueda.

Otros funcionarios dicen que no hay medicamentos en los hospitales, que la gente se muere de hambre, que gastar, y el término que usan es ese "gastar" en cine, en cultura, es inmoral. Y por último aparece el super Ministro

y desde la pantalla del televisor anuncia que tenemos que llegar al gasto cero, la única prioridad es el pago de la deuda externa que según los últimos cálculos, afirma mirando una tablita, asciende a 150 mil millones de dólares. Sí, vuelve a afirmar con tono espectacular, 150 mil millones de dólares. Pero el milagro se produce, y de verdad que es un milagro, y en la pantalla blanca aparecen una tras otra las imágenes y se ve al desocupado y habla en nuestro idioma, y se ve a la vaca hundida en la ciénaga y se escucha cantar a Cafrune o se escucha un tango y los espectadores en la sala oscura se emocionan y lloran y se reconocen en lo que están viendo.

Y así se demuestra una vez más que la pasión pudo más y que los inmorales son los contadores, los funcionarios de las cadenas de televisión o los ministros de turno y no los jóvenes que llevan a las pantallas sus sueños haciendo sus operas primas.

Los que introdujeron la palabra globalización supieron darle un ropaje que la protegía, no fue una palabra que llegó en soledad, pura y prístina: democratización, igualdad, equilibrio, armonía, generalmente estas otras palabras la acompañaban. Sin embargo con el tiempo esa palabra se fue quedando sola y nos dormíamos con ella, y al despertar aparecía con letra de molde en las portadas de los periódicos o en los ensayos de los postmodernistas.

Desde el cine sabemos y valoramos las posibilidades que nos dan las distintas posiciones de cámara, los distintos puntos de vista, la posibilidad de ver la escena desde arriba o desde abajo, en plano general o en primer plano y cómo, a partir de estos distintos encuadres, sugerimos distintos mundos, distintas sensaciones de una misma realidad.

En algún momento parecía que la globalización iba a significar esto: la posibilidad de la convivencia armónica en el mundo respetando y compartiendo las distintas miradas de cada cultura, de cada hombre.

Sin embargo, en verdad la globalización no es otra cosa que la utilización de toda la tecnología disponible para la imposición del capitalismo más brutal y desde la hegemonía de Estados Unidos subordinar al mundo entero a sus reglas económicas, sociales y culturales.

Será nuevamente la lucha de David y Goliat, pero, lamentablemente, ahora David no tiene la imagen victoriosa con la que fue representado por el genio de Miguel Ángel en el mármol. Está caído y sobre su cabeza aparece apoyada la bota opresora, inmensa, del gigante. Pero siempre aparecen resquicios para dar batalla y hacer cine en América Latina y llenar las redes de Internet con nuestras imágenes, nuestras ideas. Y es una forma de decir que estamos aquí, que la lucha sigue.